

Dossier

Territorio y paisaje en el ámbito mediterráneo

Ramon Folch. Socioecólogo, presidente de Estudi Ramon Folch – Gestió i Comunicació Ambiental

El territorio es el resultado de transformar la matriz biofísica del suelo. Los territorios socioeconómicamente avanzados, también llamados desarrollados, son siempre territorios que han sufrido una gran transformación. Pero por intensa que sea esta transformación antrópica, es decir, originada por el ser humano, no se puede obviar la realidad previa de la matriz de base. Esto constituye una evidencia elemental olvidada con demasiada frecuencia. El conocimiento y reconocimiento de las posibilidades y limitaciones de la matriz biofísica, así como de la matriz ambiental que de ella se deriva, es un componente capital de la gestión territorial sostenibilista. Los territorios mediterráneos se ven especialmente afectados por este principio.

¿Territorio o paisaje?

El paisaje es el aspecto del territorio.¹ Durante mucho tiempo, el término «paisaje» ha tenido un significado meramente escenográfico, sin apenas otro contenido que sus referentes estéticos. El término «paisaje» era utilizado en el sentido latino de *locus amœnus*, más que en el de *prospectus*. Sin embargo, las modernas ciencias del paisaje han cambiado radicalmente esta percepción. En efecto, actualmente decimos que cualquier fragmento de territorio, natural o intervenido por el ser humano, configura un paisaje, es decir, un conjunto de referentes físicos y funcionales, susceptible de ser considerado como un fenómeno en sí mismo. El paisaje refleja la realidad ambiental de cada lugar, a la vez que compendia la historia del proceso antrópico —es decir, originado por el hombre— que en él se ha podido desarrollar. Por todo ello, el concepto «paisaje» es, en realidad, un algoritmo socioecológico.

Los paisajes contemporáneos de la mayoría de los países —en todo caso, de la totalidad de los países industrializados— son paisajes construidos. El proceso se inició muchos siglos atrás, de la mano de las transformaciones introducidas por la actividad

agrícola y ganadera. En este proceso de construcción del paisaje se ha llegado modernamente a niveles muy avanzados mediante la presencia dominante de edificios e infraestructuras. La construcción del paisaje edificado es un elemento capital de la reflexión socioecológica moderna, pero no debe llevarnos a perder de vista el secular proceso de construcción paisajística no edificativa llevado a cabo por el mundo rural tradicional y, actualmente, por la actividad agropecuaria de carácter industrial.

Hablamos de paisaje tropical o bien de paisaje medioeuropeo sabiendo que detrás de estas locuciones se compendia mucha información climática, edáfica —relativa al suelo— o geológica, biológica y antropológica; es decir, histórica, agronómica, urbanística, social y política. Por ello, una expresión como «paisaje inglés» resulta menos frívola de lo que pueda parecer, porque detrás se parapetan el clima medioeuropeo y atlántico, los bosques planocaducifolios, los relieves suaves y la continuidad del tapiz vegetal, lo que significa escaso riesgo de erosión hídrica indeseada y productividad forestal y agropecuaria elevadas. Es decir, nos hallamos ante una agricultura extensiva de vegetales herbáceos no irrigados, prados cerrados con setos, carreteras

1. Este artículo recoge reflexiones previas del autor recopiladas en su libro *La quimera del crecimiento*, Barcelona, RBA, 2011.

angostas encajadas, casitas con tejados a dos aguas y toda la filosofía socioeconómica que se deriva de una forma ancestral de explotación de este espacio, con *manors* y cacería del zorro incluidos. Sin embargo, las actuales ciencias del paisaje van más allá de esta relectura de la terminología literaria para construir todo un edificio cognitivo que permite interpretar mejor la realidad territorial.

La percepción que la población en general tiene de todo ello es más bien confusa y depende en buena medida de las modas mediáticas. En efecto, los medios de comunicación de masas actúan como prescriptores de opinión también en este dominio. Un trabajo aparte merecería estudiar qué paisajes presentan como ejemplares y cuáles como lamentables. La opinión pública se configura a partir de estos estándares mediáticos, así como en otros tiempos eran los estándares literarios los grandes conformadores del imaginario colectivo. El desierto ha pasado de espantoso a fascinante gracias al cine, mientras que los hielos hiperbóreos, de los que se huía como de la peste, cautivan cada vez a más gente desde que se los asocia a rutilantes ropas y a acogedoras veladas cabe el chisporroteo de la chimenea. Para muchos, la valoración del paisaje depende de los documentales, las películas y los anuncios. Un palpitante film sobre el épico proceso constructivo de una línea de alta tensión a través de bosques impenetrables y hostiles cambiaría la percepción sobre la red eléctrica y su impacto paisajístico. Podríamos decir lo propio de los parques eólicos, si fuesen mostrados en contrapicados sobrecogedores o girando wagnerianamente en una dorada atmósfera crepuscular. Todo esto ya sucedió con las películas que, en los años cincuenta y sesenta, exaltaban las perforaciones petroleras, los *derricks* eruptivos y las plataformas *off-shore*.

Detrás del paisaje está el territorio. Para los ecólogos tradicionales, y de rechazo también para muchos ambientalistas, conservacionistas y ecologistas, los humanos hemos alterado el territorio y por eso hemos deteriorado el paisaje. Confunden territorio con matriz territorial, con matriz biofísica previa a la construcción del territorio propiamente dicho. El territorio de los ecólogos suele ser la materia prima territorial de los ingenieros y los urbanistas. Por ello, el ecologismo ve la destrucción de la naturaleza donde otros ven la construcción del espacio territorial.

La matriz biofísica y la transformación antrópica

Espacialmente hablando, el territorio debe ser entendido como una malla de fenómenos, como una matriz de puntos y contrapuntos interconectados entre sí. Las mallas usadas en el dibujo informatizado para hacer simulaciones o construcciones tridimensionales expresan muy bien esta situación porque, en definitiva, ellas mismas no son más que una simplificación formal de la realidad arquitectónica o territorial que representan. Ello resulta particularmente cierto en la cuenca mediterránea en general, después de tres milenios de fuerte antropización.

Pocos territorios son isotrópicos, esto es, poseen las mismas características en todas las direcciones. Los mediterráneos no lo son en absoluto. El relieve, la hidrografía y las zonas climáticas establecen un mapa de partida con asimetrías que las transformaciones antrópicas suelen exaltar. Para empezar, deben considerarse la orografía y la hidrografía, que son conceptos correlativos. Las aguas fluyen por las líneas de máxima pendiente y generan ríos que excavan valles, los cuales consolidan y exaltan estas pendientes de máxima significación. La acción fluvial, con arreglo a pluviometrías más o menos considerables y más o menos irregulares, incrementa la contundencia orográfica, tanto más cuanto más fácilmente erosionables sean los substratos. En lugares escasamente montañosos, las aguas tienen poca energía potencial y excavan valles relativamente modestos, mientras que en lugares de orografía poderosa, la acción fluvial potencia aún más los accidentes del relieve.

El substrato geológico tiene también un papel capital a la hora de configurar la matriz física de un territorio. La geología de base, así como las llamadas formaciones superficiales —los materiales aflorantes, transformados por la acción meteorizadora de la atmósfera y por los fenómenos erosivos—, condicionan el comportamiento mecánico del substrato y los procesos de formación de los suelos. Una hipotética heterogeneidad en la disposición de este substrato y estas formaciones incrementa la anisotropía de la matriz. Es cabalmente el caso del ámbito mediterráneo, donde afloran materiales geológicos de características muy diversas.

La anisotropía geológica y geomorfológica suele propiciar la anisotropía bioclimática. En efecto, la zonación climática latitudinal se ve interferida por las variaciones altitudinales. Así, subir montaña arriba equivale, en cierta forma, a ascender hacia el norte. Los saltos hipsométricos son muy importantes en la cuenca mediterránea, con diferencias de cota de miles de metros entre la línea de costa y algunas cumbres situadas muy cerca del litoral, y por eso las variaciones bioclimáticas son acentuadas en esta zona. La acción templadora del mar tampoco es ajena a estas variaciones, a causa de su enorme inercia térmica y de la generación de fenómenos meteorológicos específicos (neblinas, marinadas, vientos ábregos, etc.) de gran importancia local. En definitiva, el ámbito mediterráneo presenta una acusada anisotropía territorial. En buena lógica, esto exigiría una gestión territorial diferenciada, es decir, adecuada a cada conjunto concreto de circunstancias. Desgraciadamente, éste no acostumbra a ser el caso.

Las transformaciones afectan de forma especialmente evidente a las áreas construidas, pero los espacios libres también se han visto influidos por aquellas. El espacio agrícola por entero es un ejemplo de ello, tanto por las rectificaciones morfológicas (aterrazamientos, bancales, caminos, canales de irrigación, etc.) como por las propiamente agronómicas (roturación y ulterior extensión de las especies cultivadas). Pero el espacio forestal y pecuario también ha resultado muy transformado, hasta el punto de que la mayoría de pastos o bosques mediterráneos son actualmente formaciones secundarias, es decir, comunidades integradas por especies más o menos espontáneas, pero mantenidas —en términos de estructura y composición florística, y con el objeto de propiciar una productividad mayor— en estadios alejados de la potencialidad final de la matriz biofísica.

El resultado final es un paisaje mediterráneo de estructura puntillista, una especie de mosaico más o menos pixelado que desdibuja la lógica de la matriz inicial e impide que la sucesión latitudinal en principio correspondiente por razones macroclimáticas se desarrolle. Llegados aquí, la tentación de creer que la transformación antrópica ha permitido prescindir de los condicionantes biofísicos asedia al observador poco atento. Pero este aspecto pixelado

de los territorios mediterráneos, tan antropizados, no debe impedirnos la percepción de la matriz biofísica subyacente, siempre condicionante de las opciones de transformación que se quieran tomar ulteriormente. De esta manera, en las áreas mediterráneas humanizadas —que son la mayoría—, sobre la anisotropía de la matriz se superpone un segundo estadio igualmente anisotrópico. La intersección de las dos capas configura el paisaje territorial mediterráneo tal como lo vemos hoy en día.

Esta malla anisotrópica consta de nudos y segmentos internodales, de forma comparable a una red de pesca. Los nudos vendrían a ser los puntos con una mayor concentración de diversidad, es decir, los lugares donde los fenómenos de cada capa se exaltan al coincidir en el espacio. Son las zonas con más significación territorial y más interés paisajístico, y a menudo también de mayor valor escenográfico. La alternancia de puntos y segmentos confiere una gran variedad al territorio, a la vez que atesora potencialidades latentes para rehacer la malla llegado el caso.

La conservación de la malla de intersección entre la matriz biofísica y la capa de intervenciones antrópicas es una garantía de estabilidad territorial, ya que todos los elementos en juego y el resultado de combinarlos están presentes en espacios relativamente pequeños. Así se establecen interfaces y pequeñas soluciones de continuidad locales muy interesantes en términos de sostenibilidad territorial. Velar para que esta riqueza de origen antrópico no se pierda es un objetivo no menor, en términos sostenibilistas.

La visión sistémica del territorio implica abandonar los procesos de mera yuxtaposición de los sistemas (urbano, productivo, de comunicaciones, energético...), lo que comporta una nueva visión estratégica y planificadora de los flujos, las relaciones, los bordes y las superposiciones. Las redes son discontinuas, mientras que la matriz es continua; al mismo tiempo, cada uno de los subsistemas territoriales no genera efectos neutrales, ni sobre el resto de subsistemas, ni sobre la matriz ambiental. En definitiva, la sectorialización de las estrategias y la planificación, aunque se trate de una necesidad metodológica posiblemente irresoluble, debe abordarse desde una óptica relacional para ser efectiva.

La ignorancia de todo ello nos ha conducido a lamentables procesos urbanísticos que, en las últimas décadas, han deteriorado de forma importante el paisaje y el territorio mediterráneos, particularmente en las zonas litorales, llenas de artefactos inurbanos. Éstas son el polo opuesto de territorios lejanos, poco o nada antropizados, que se ofrecen como matriz biofísica prácticamente pura. Sería el caso del litoral patagónico, por ejemplo, que no es que esté bien conservado, está sencillamente intocado. Sí está bien conservado el litoral inglés, en parte porque está poco tocado si se compara con el mediterráneo, es cierto, pero sobre todo porque su parcial transformación ha obedecido a estrategias urbanísticas razonablemente inteligentes. Podría decirse algo parecido del territorio toscano o del holandés, pongamos por caso. Ambos son espacios muy transformados pero fisiológicamente sólidos, sin grandes disfunciones. El holandés no solamente es un territorio prácticamente inventado,² sino que contraría su matriz biofísica de raíz; sin embargo, es paradigma de buenas maneras ambientales, simplemente porque éstas responden a planes agropecuarios y urbanísticos muy meditados y habilidosos.

Urbanizar el territorio no es llenarlo de construcciones, sino casi lo contrario. El urbanismo consiste en determinar qué va dónde y para qué, siempre que este «dónde» lo consienta, este «para qué» responda a una intención civil de interés general y este «qué» tenga calidad y sentido. De hecho, el espacio —matriz biofísica— no se convierte en territorio hasta que es urbanizado, es decir, hasta que es objeto de apropiación civil. Todo ello queda muy lejos de ese miserable pseudourbanismo de campanario que tiene como único objetivo calificar suelo a efectos especulativos. El urbanismo planifica y proyecta el territorio y construye la matriz ambiental. La desestructuración territorial y la deterioración ambiental resultan de la ocupación espacial sin directrices urbanísticas serias.

La proyectación del paisaje

De todo ello se deriva la conveniencia de proyectar la matriz ambiental, es decir, conformarla deliberadamente, en vez de esperar a que vaya tomando forma aleatoriamente. Los condicionantes bioclimáticos, geomorfológicos, hidrogeológicos y ecosistémicos que constituyen los elementos esenciales de esta matriz no se pueden ignorar. Hay aspectos de difícil modificación, como el clima, las características del substrato o, incluso, los principales rasgos geomorfológicos del relieve. Pero también es cierto que esta matriz no es inmutable y puede ser modificada por la intervención humana. El problema no es la propia modificación, sino la falta de criterio a que pueda responder. Cuando la matriz ambiental se construye de cualquier manera y sin tener en cuenta la matriz biofísica, aparecen las disfunciones ambientales: inundaciones de áreas no deseadas, pérdida o contaminación de recursos hídricos, pérdida de suelos y aparición de procesos erosivos, dificultades para la conectividad ecológica, etc. Ello resulta especialmente dramático en el anisotrópico territorio mediterráneo.

Durante siglos, la matriz biofísica, que parecía infinita y todopoderosa, se impuso a los humanos. Hoy día, en líneas generales, la mayoría de matrices están sometidas, «soterradas» bajo territorios transformadísimos, hasta el punto de que los accidentes geográficos se perciben como simples estorbos constructivos que hay que remover o salvar mediante puentes, túneles o desmontes correctivos. Lo que empezó siendo la tímida transformación de una incommensurable matriz compleja se ha convertido en una actividad rutinaria y aparentemente autónoma. Asimismo, las concepciones económicas de los siglos XIX y XX consideraban que la matriz biofísica era ajena a los procesos económicos, de manera que algunos de sus componentes productivamente esenciales (el agua, el suelo, el clima, etc.) eran considerados bienes libres irrelevantes. Sin embargo, y hoy más que nunca, estos factores pre-

2. Me refiero, claro está, a Holanda propiamente dicha (Holanda Septentrional y Holanda Meridional), Zelanda, Flevolanda y Frisia, es decir, la mitad oriental de los Países Bajos (Nederland) que se halla por debajo del nivel del mar, construida a base de diques, pólders y constantes avenamientos y bombeos (la mayoría de los molinos de viento holandeses no eran sino bombas de achique).

tendientemente secundarios tienen un valor enorme (cambio climático, recursos menguantes, incendios forestales, inundaciones...).

El caso es que el resultado de las interrelaciones entre la matriz biofísica y las transformaciones de la actividad humana constituye la matriz ambiental, que se expresa en forma de paisaje. La secuencia correcta sería: matriz biofísica primigenia (paisaje preantrópico), transformación discreta de la matriz biofísica en matriz ambiental o espacio territorial (paisaje antropizado), transformación profunda e incluso deletérea de la matriz en territorio vacilante (paisaje degradado), compromiso prudente de transformación y gestión (paisaje sabiamente humanizado). Habría que situarse en la superación de la penúltima fase, para entrar con decisión en la última.

El diálogo constante entre los condicionantes biofísicos y las estrategias de transformación del territorio hacen que la matriz ambiental no sea permanente ni inmutable. Los cambios en los usos dominantes del territorio, la yuxtaposición de redes o las modificaciones ambientales profundas (desde un trasvase hasta la regeneración forzada de un acuífero) generan una nueva matriz ambiental que interacciona de forma distinta con las nuevas propuestas de ordenación. La matriz ambiental, por tanto, presenta preexistencias variables con diferentes niveles de consolidación, lo cual genera un sistema complejo, no inmutable, con diferentes grados de libertad, que hay que conocer e integrar en el origen de las decisiones espaciales. Hasta ahora, sin embargo, y con contadas excepciones, la matriz ambiental ha sido una mera consecuencia. Se proyecta la transformación, pero no los resultados ambientales de la transformación. La matriz ambiental era —y sigue siendo— el resultado de transformar la

matriz precedente, pero no hacia un objetivo deliberado. Llegar a disponer de una determinada matriz ambiental, configurada de esta o aquella manera, no es todavía un objetivo proyectual. Determinadas escuelas lo propugnan y avanzan en esta línea, pero son aún la excepción.

El territorio mediterráneo, complejo, frágil y fuertemente antropizado, está muy necesitado de esta actitud proyectativa. Deberíamos ser capaces de proyectar el ambiente, en la cuenca mediterránea más que en otros lugares. Hay que proyectar la matriz ambiental, o sea, el proceso transformador de las preexistencias biofísicas. La matriz ambiental no puede ser una mera consecuencia, con frecuencia indeseada de tan negativa. La matriz ambiental debe ser un objetivo proyectado y ejecutado, de la misma manera que proyectamos y ejecutamos los artefactos infraestructurales o urbanísticos que construimos encima de ésta.

La matriz ambiental no es una cuestión de ecólogos, sino de proyectistas territoriales que, eso sí, debe ser analizada desde una óptica ecológica. La ecología nos ha enseñado a comprender mejor el mundo mediterráneo, pero no lo ha construido. Se ha indignado con quienes ahora lo destruyen, pero no tiene herramientas propias para reconducir el proceso. La reconducción de la matriz ambiental mediterránea es un objetivo sostenibilista que sólo se podrá alcanzar mediante la implementación de proyectos adecuados. La sostenibilidad territorial mediterránea debe ser más que un deseo naturalista: ha de ser un proyecto tecnocientífico que supere las disfunciones generadas por las externalizaciones del modelo industrialista neoliberal. Un proyecto respetuoso con la anisotropía espacial, históricamente informado, económicamente viable y socialmente sensible.